

La carne de René, una novela de tesis

Souria El hamouti¹

Resumen. Virgilio Piñera (1912-1979)² relata en esta obra las obsesiones que le afectan sobremanera y, especialmente, su fijación por el cuerpo y por el dolor que se le puede aplicar; *La carne de René* (1952) es una muestra constante, clara y unívoca de esta obsesión. Su experiencia vital en la Cuba del siglo XX, inmersa en la represión, su lucha personal contra las instituciones impositivas y sus intentos por hacer oír su voz por encima de ellas, lo mantienen en un permanente estado de tensión, de estigmatización y de sufrimiento, como al protagonista de su novela. Esta novela de tesis es la clara representación de la lucha interna de Virgilio Piñera, y este artículo pretende demostrar cómo a nuestro autor le persigue la idea de que al cuerpo hay que educarlo en el dolor para poder persistir. El que es capaz de soportarlo con integridad, es capaz de mantener su dignidad. La sociedad represora pretende arrebatársela para convertirlo en un ciudadano-objeto carente de individualidad y adocenado mediante el rito de iniciación al dolor. Siendo la tortura del cuerpo y de la mente la idea central de la obra, Piñera trata de trasladar al lector desde la ansiedad del sufrimiento hasta la fascinación por él, y de forma paulatina a sentir deseo por el dolor, único medio de sobrellevar esta vida. Para una mejor comprensión de estos fundamentos, resaltaremos a tres intelectuales: Maurice Blanchot explica cómo una angustia presente acerca del dolor pasado, afecta al futuro; Mircea Eliade habla acerca de su tesis sobre ritos de iniciación en comunidades impositivas; y Tzvetan Todorov de que el dolor no sólo es algo físico, sino también psicológico.

Palabras clave: Virgilio Piñera; *Carne de René*; iniciación en el dolor; cuerpo; la tortura.

¹ Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, España.
E-mail: s_elhamouti@hotmail.com

² Virgilio Piñera nació en Cárdenas provincia de Matanzas (Cuba) un 4 de agosto de 1912 y murió el 18 de octubre de 1979 en La Habana. Nació en el seno de una familia humilde que se trasladó en 1925 a Camagüey donde Piñera estudió el bachillerato. Posteriormente fue a vivir a La Habana en cuya universidad estudió Filosofía y Letras. No fue fácil para un joven pobre lograr su título universitario. Empezó a publicar poesía en las revistas literarias de la época ya antes de acabar sus estudios universitarios. Aunque eran numerosas las revistas literarias su nivel cultural dejaba mucho que desear. El paisaje cultural tan desolador no logró que el joven Piñera necesitado de una formación literaria rica se sumiera en la frustración. Sus relaciones con intelectuales como Lezama Lima que funda *Verbum* y posteriormente *Espuela de Plata*, dos revistas literarias que fueron exponentes de la vanguardia literaria cubana, ayudaron al joven Piñera a mejorar significativamente su formación. Piñera va a participar en la dirección de esta última y más delante va a fundar su propia revista: *Poeta*. Publica en 1943 *La isla en peso* una de las mejores obras poéticas cubanas, pero, no gozó en el momento de su publicación del reconocimiento de poetas y críticos cubanos. Escribe en 1941 *Electra Garrigó*, su obra de teatro más importante también con mala crítica en el momento de su representación, pero que posteriormente ha sido reconocida como el inicio del teatro moderno cubano. En 1946 se instala en Buenos Aires y trabaja como funcionario de la embajada cubana como corrector y traductor. Se incorpora a la vida literaria argentina, pero sigue publicando en las revistas cubanas. Tras fuertes diferencias con Lezama Lima funda con Rodríguez Feo la revista *Ciclón* que ha sido referente literario en Cuba. Tras la victoria de la Revolución Cubana vive un periodo de ilusión y publica en el periódico *Revolución*, pero pronto sus diferencias políticas y culturales con los dirigentes de la cultura revolucionaria cubana y su condición de homosexual lo condenan al olvido.

[en] La carne de René, a thesis novel

Abstract. Virgilio Piñera (1912-1979) relates in this work the obsessions that affect him greatly, and especially his fixation by the body and the pain that can be apply to him; *The Flesh of Rene* (1952) is a constant, clear and unambiguous sign of this obsession. His life experience in 20th century Cuba, immersed in repression, his personal struggle against institutions and his attempts to make his voice heard above them, keep him in a permanent state of tension, stigmatization and suffering as the staring of his roman. This thesis novel is the clear representation of the internal struggle of Virgilio Piñera, and this article tries to demonstrate how our author pursues the idea that the body must be educated in the pain to be able to persist. Who is able to bear it with integrity, is able to maintain his dignity. The repressive society tries to take away from it to make it a citizen-object devoid of individuality and a run of the mill through the rite of initiation to pain. Being the torture of the body and the mind the central idea of the work, Piñera tries to move the reader from the anxiety of suffering, to the fascination for him, and gradually to feel desire for pain, the only means of coping with this life. For a better understanding of these fundamentals, we will highlight three intellectuals: Maurice Blanchot explains how a present anguish about past pain affects the future; Mircea Eliade speaks about his thesis on initiation rites in repressive communities; And Tzvetan Todorov also insofar as pain is not only physical but also psychological.

Keywords: Virgilio Piñera; *Carne de René*; Initiation to Pain; Body; Torture.

Cómo citar: El hamouti, S. (2018) *La carne de René*, una novela de tesis, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 47, 447-454.

Las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres;
pero si los hombres las sientes demasiado, se vuelven bestias.
Miguel de Cervantes.

La carne de René es una novela psicológica y altamente imaginativa por la innovación aportada a la estructura, lenguaje y estilo. La marcada influencia de Witold Gombrowicz y de Jorge Luis Borges en el pequeño círculo de escritores marginados de Buenos Aires, del que formaba parte Virgilio Piñera cuando realizaba algunas colaboraciones en *Sur* (revista dirigida por Victoria Ocampo), le animó a escribir esta obra con tintes policíacos y con un marcado acento grotesco y surrealista, con cierta presencia kierkegardeana que la aproxima a una literatura dominada por la angustia. Calificar *La carne de René* como una novela existencialista y absurda es una pobre descripción para una obra tan compleja que incorpora importantes elementos iniciáticos, reflexiones místicas y filosóficas, todos ellos muy presentes, y no siempre evidentes en una primera lectura.

La carne de René narra los padecimientos de René, que es obligado por su padre, Ramón, a poner su carne al servicio del dolor como medio de preparación para su vida de adulto. Ramón, convencido de la necesidad de prepararse para los sufrimientos que los perseguidores intentan infligirle, envía a su hijo a una escuela dirigida por Mármolo donde preparan a los neófitos a soportar todo tipo de torturas y humillaciones de las que además obtendrá placer.

La intención del padre no es un afán sadomasoquista para con su hijo, sino el deseo de inculcar a su primogénito la obediencia y la sumisión a un sistema totalitario que pretende dominar el cuerpo y el alma con el fin de organizar y controlar la sociedad. El propósito del padre es acabar con la ingenuidad de René y prepararlo para ese calvario llamado vida. De igual modo, con esta novela Piñera propone preparar al nuevo hombre para que pueda sobrevivir en una nueva

sociedad dominadora, destructora e insensible en la que este hombre nuevo no opondrá nunca resistencia ni cuestionará las órdenes que reciba, aunque carezcan de toda lógica.

La carne de René es un ejemplo de la atracción por el sufrimiento, y debido a la postura nihilista de Piñera, se atreve a introducir la figura de un mártir con la intención de ridiculizarla, y de burlarse del hecho de que el sufrimiento es un mérito para alcanzar la santidad. Para Piñera el sufrimiento de los mártires es algo buscado, un requisito para alcanzar notoriedad y la admiración de los creyentes. Algo muy alejado de la santidad.

Piñera echa mano de San Sebastián³ como ejemplo de mártir modelo para René, intentando asemejar las circunstancias, las vivencias, las torturas del santo a las de su protagonista. Las observaciones del autor con respecto a las representaciones pictóricas de San Sebastián se centran en la belleza física y el impacto del dolor que de ella desprende.

Observando de cerca a René percibimos cómo sigue, en gran parte, las fases de la iniciación señaladas por Mircea Elfade (1989: 29). Según este, el ritual iniciático es una pedagogía de imposición y no de diálogo, en la cual los neófitos aprenden a ser miembros obedientes de la comunidad. Si bien los rituales iniciáticos se consideran como la toma de posesión del cuerpo por la sociedad, esta no se apodera de él de cualquier modo, sino sometándolo al dolor, a la tortura. Como se va manifestando a lo largo de la novela, las pruebas elementales de la iniciación a las que son sometidos los “neófitos” son agobiantes, horribles y extenuantes. Los iniciadores (los torturadores) de René y de los demás neófitos son crueles, inhumanos, degradantes. Aquellos velan para que la intensidad del sufrimiento llegue a su colmo: causar dolor y sufrimiento a los neófitos es la esencia del ritual de la iniciación en esta escuela.

La razón del ritual iniciático para Piñera tiene su origen en la represión que vivió en la Cuba castrista y, antes bajo las dictaduras de Machado, Mendieta y Batista, y que nuestro autor traslada a su novela. Critica y desprecia estas dictaduras a las que poco preocupa proteger las libertades individuales, y que sólo buscan el sometimiento de los ciudadanos; y para lograrlo cuentan con diversas formas de tortura. Las técnicas, los medios, los objetos explícitamente afirmados de la crueldad de las dictaduras, tienen su analogía en la escuela de Mármolo. El fin en los dos casos, permanece igual, producir sufrimiento con la intensidad exigida para que pueda calificarse como tortura. Piñera por medio de su personaje Cochón así lo afirma: “Ponemos mordazas porque estamos por el dolor” (Piñera 2000: 76)

En la medida en que un sujeto torturador intenta llevar a la práctica esta labor de tortura, obra con la idea de que es una misión de alta responsabilidad, dedicación y de sacrificio. Los maestros de la escuela son expertos en la violencia, en hacerse pasar por dioses punitivos, son verdugos que utilizan todas las formas de

³ En el texto de Piñera la concordancia entre la vida de San Sebastián y la de René es de otro nivel: el sufrimiento diario y el compromiso con una causa hasta la muerte no se realiza por una fe indestructible, sino por un placer indescribible causado por el dolor. La fascinación por el sufrimiento es un síntoma del cual adolecieron o gozaron muchos de los místicos, tal como se muestra aquí (San Sebastián buscó su propio cilicio y los neófitos de la escuela de Mármolo también). De hecho, se buscaban las situaciones más degradantes para someter la voluntad. Aparte de nuestro autor, muchos de los poetas contemporáneos describieron la belleza física y el afán por el sacrificio de San Sebastián, como por ejemplo, Eliot o Rilke.

intimidación, y las presiones psicológicas para conseguir esa “carne blanda, fofa” tan apreciada en la sociedad dictatorial. En la escuela de dolor de Mármolo, la primera cuestión que deben asimilar los neófitos es la de sentirse continuamente presionados, viendo el dolor como única opción, como algo irremediable, sin salida posible. Atacando a los alumnos psicológicamente, les van empujando inevitablemente a una espiral de dolor que inconscientemente ellos acabarán buscando. De este modo, la presencia de un Dios punitivo no sería necesaria, sino que el propio neófito se encargaría de establecer un castigo por él mismo, y hacerse mártir de forma automática.

Entre este universo ficticio y la realidad opresiva en la que vivió Piñera aparecen singulares analogías. Algo hay en San Sebastián, y en René, su sucesor, que recuerda una cierta degradación moderna de la justicia. Si nos ceñimos a esta idea, la obligación de ser un mártir haría de San Sebastián (o de René en su caso) la víctima de dicha obligación sin culpa alguna, llegando a una injusticia que se comete en nombre de lo que se supone que es ley divina. Allí donde la ideología descompone lo judicial, las parodias legales se multiplican suscitando comportamientos análogos al de los torturadores de la escuela de Mármolo. Curtir el cuerpo en el dolor y la tortura, en opinión de Ramón, el padre de René, es un hecho brutal pero necesario, algo que condiciona la existencia humana y es imprescindible para soportar la vida. La tortura es uno de los métodos más crueles, más demoledores y aniquiladores, a los que se puede enfrentar el ser humano porque nos enfrenta con la propia impotencia, degradación y finitud. Piñera en su novela la considera inherente a la propia existencia, a pesar de que no siempre es soportable, nunca admisible, y mucho menos previsible.

El neófito ideal para Mármolo tiene que aceptar el dolor de una forma resignada, debe desear el dolor, procurando su propia tortura y gozando tanto de su propio martirio como del sufrimiento ajeno. Tiene que vivir el dolor como un elemento de la vida hasta llegar, incluso, a verlo ineludible. En términos existencialistas, hemos de decir que el dolor, el sufrimiento y la tortura no son atributos o características de la vida, sino uno de los elementos que la constituyen en cuanto tal. A René nadie le puede sacar de la cabeza la concepción del sufrimiento como un castigo (divino o humano) para el culpable. El autor en su novela explica la atmósfera en que se ha educado, crecido y formado René; nos muestra así el sufrimiento que ha venido padeciendo sin una justificación razonable para él. Haber nacido no supone un delito, por tanto, no merece por ello un castigo. La injusticia padecida en su casa no es nada en comparación con lo que encuentra en la escuela de Mármolo. Este último se limita a preparar a sus alumnos neófitos para ser hombres modernos y, según su concepción, para soportar unos padecimientos que no por desconocidos van a dejar de ser monstruosos.

En esta escuela que tiene como lema “sufrir en silencio” se adoctrina y se tortura al neófito René. Con este lema, parece inevitable pensar que la idea que Mármolo quiere ofrecer es la de: “Sufro, luego valgo”. El protagonista, “el niño sensible y afeminado”, aprenderá, paulatinamente, a aclimatarse a esas esferas tan impropias para la humanidad, a desconfiar de las falsas seguridades de su mundo infantil, a reflexionar sobre la idea del aprendizaje del dolor y, por último, a aprender a obedecer a través del sufrimiento. René viaja nietzscheanamente al centro neurológico de su época, a la enfermedad histórica (Latour 2007: 105); ha

viajado del sufrimiento inocente de la infancia que no se explica, a otro mucho mayor: a saber que va a continuar sufriendo el resto de su vida. Y viaja a la enfermedad de su siglo: el nihilismo; viaja a “la escuela de Mármolo”, a ese lugar ilusorio donde el dolor no tiene significado y, sin embargo, constituye la esencia de su realidad, su única vía de conocimiento. El viaje de René comienza por la esperanza e ilusión, pero concluye en un angustioso y fulminante desastre. La angustia implica una reflexión del tiempo: no le angustia a René el presente, sino lo que representa el pasado y lo venidero. En definitiva, la angustia es un elemento esencial del desastre tal y como atestigua Maurice Blanchot. “Estamos al borde del desastre sin poder ubicarlo en el porvenir; más bien es siempre pasado y, no obstante, estamos al borde o bajo la amenaza, formulaciones éstas que implicarían el porvenir si el desastre no fuese lo que no viene, lo que detuvo cualquier venida. Pensar el desastre (suponiendo que sea posible, y no lo es en la medida en que presentimos que el desastre es el *pensamiento*), es ya no tener más porvenir para pensarlo” (Blanchot 1987: 9).

Centrándonos en el concepto de dolor que sufre René y demás neófitos, la tortura en su sentido ordinario es infligirle un sufrimiento continuo e intenso para castigarlo, intimidarlo u obtener información. En definitiva, torturar supone infligir una gran dosis de dolor o sufrimiento, tanto físico como psicológico; es destruirlo sistemáticamente, reducirlo a la locura. Coincide así con Todorov en su *Miedo a los bárbaros*, “Para que el dolor o el sufrimiento psíquico se califique como tortura [...] debe proceder de un daño psicológico significativo, de duración significativa, es decir, prolongarse durante meses, incluso años” (Todorov 2010: 168). Los neófitos de la escuela del dolor son sometidos a largas, duras e intensas torturas psicológicas y físicas. Estas líneas sacadas de la novela lo testimonian: “El disco empezaba de nuevo a las seis de la tarde. Se oía por un altavoz colocado en la alcoba y por otro en el baño, de modo que si René huía de Scila caía en Caribdis [...]” (Piñera 2000: 87). Al parecer Piñera transpone con mucha fidelidad las teorías de Todorov en su novela.

También es preciso que el sufrimiento tenga un público para que sea verdaderamente degradante. Las torturas y vejaciones se llevan al extremo en el libro de Piñera cuando tienen lugar delante de los familiares de los humillados. En una “sociedad del espectáculo”, toda situación es convertida en exhibición. Ninguna escena es tan atractiva como la del sufrimiento al que pueda ser sometido una persona que ha cometido un delito, y que es conocido por su entorno social. Al individuo actual no le causa ningún malestar presenciar escenas violentas, ver imágenes del sufrimiento. En este sentido, Edmund Burke advirtió de que al sujeto moderno le gusta ser espectador del sufrimiento: “Estoy convencido de que nos deleitan, en no poca medida, los infortunios y sufrimientos de los demás” (Sontag 2003: 113). En el salón de actos de la escuela de Mármolo, frente a sus familiares, es donde se exhibe la tortura de los alumnos.

La empatía que siente el verdugo con la víctima puede verse de forma diferente cuando el torturador ha sufrido antes dicho dolor. Lo que el torturador desea no es, simplemente, el dolor del otro, sino hacerle entender que ese dolor ya lo había degustado él previamente. El sufridor entiende que el verdugo ya vivió esa tortura en sus propias carnes. Así sucede en la escuela de Mármolo. Puede que por el tormento sufrido anteriormente por el torturador le confiera una posición de poder

ante la víctima, de la que ahora se vanagloria. Ahora el torturador se aparta de la idea de Todorov porque tiene en mente el sentimiento de poder, olvidando la finalidad concreta por la que está impartiendo el castigo. No trata de educar en el dolor, sino que provoca el dolor que antes le habían causado a él. El torturador, tras haber sido herido, agredido, degradado y humillado, puede ahora humillar a otros más débiles que él y recuperar su autoestima. Cochón, el predicador del dolor en la escuela de Mármolo, cumple perfectamente con esta expectativa y, a su vez, él también tiene sus razones para infligir dolor y practicar su venganza contra los neófitos. Cochón se ve obligado a vengar la corrosión que le produce su amor propio herido, y a manifestar su deseo de venganza, como ese monje humillado por su prior. Piñera escribe: “Su venganza contra la Iglesia que lo había rechazado superó en crueldad todas las crueldades intelectuales” (Piñera 2000: 93).

Las cicatrices son necesarias como señal de que se ha superado la tortura. Son la prueba que la sociedad requiere. Según Clastres, “la marca es un obstáculo para el olvido. El mismo cuerpo lleva impresas las huellas del recuerdo, el cuerpo es una memoria” (Clastres 1978: 160). Emile Durkheim apoya esta idea de marcar la carne y dejar una cicatriz como símbolo de pertenencia a una sociedad: para que un hombre muestre a la sociedad sus creencias totémicas (idea acuñada por este autor), lo debe llevar inscrito en su carne. Así se puede establecer su vínculo con la sociedad: “[el totem] aparece impreso en su carne, forma parte de ellos mismos, e incluso este modo de presentación es, con mucho, el más importante” (Durkheim 1992: 107).

Pero las cicatrices no solo deben quedar marcadas en el torturado, sino que también deben de ser reconocidas por el torturador, puesto que deben poner de manifiesto que es un sujeto ideal, sumiso ya incorporado a la sociedad. De este modo, el dolor y la tortura tienden a expulsar de la conciencia cualquier contenido intelectual, emocional y perceptivo, reducen la conciencia hasta convertir al hombre prácticamente en una bestia, que es mucho más fácil de controlar que una persona. Todorov apoya esta idea cuando afirma: “La tortura deja una marca indeleble en el torturado, pero también en el torturador” (Todorov 2010: 182).

Por lo mismo, la marcación es un acto ritual. Las ceremonias descritas en esta novela son en efecto poco habituales y hasta intolerables para un alma sensible: el neófito debe desnudarse, arrodillarse como ese animal obediente, con el rostro vuelto hacia arriba y con la mirada extática como la de cualquier *San Sebastián* del Renacimiento italiano, preparado para ser marcado ante las miradas divertidas de padres, madres, profesores, etcétera. La marcación no se hace a escondidas, en privado, sino todo lo contrario. En definitiva, se percibe como algo digno de mostrar y celebrar. Los maestros y el resto de los familiares no tienen la impresión de estar llevando a cabo actos dignos de reproche, y es evidente que se trata de desviaciones sádicas no individuales sino colectivas.

El pacto realizado con la sociedad a través de la marcación en la carne constituiría un “juramento a la ley social”; si el sujeto no la realiza de forma aceptada por el resto, resulta inefectiva, o mejor dicho, ofensiva a ojos de los demás. Piñera expresa esta misma idea respecto a la homosexualidad de su protagonista, ya que esta inclinación sexual provoca el menosprecio y la marginación por parte de los demás. En la escuela de Mármolo, la iniciación es únicamente para los hombres heterosexuales. La muestra más clara de ello se da

cuando René realiza la ceremonia de iniciación. Ante la importancia que tiene para los padres este rito, cuando René grita, los demás iniciados se sienten ofendidos y sus padres se burlan de René por ello. Piñera quiere mostrar que el hecho de ser sodomizado requiere por parte de la persona sometida valor y entereza de ánimo, y que dejar escapar un lamento es una muestra de feminidad, que no está en sintonía con la “hombría” que él le supone al homosexual. Si quisiéramos expresarlo en un lenguaje cotidiano, Piñera diría que: “para ser homosexual hay que ser muy hombre”.

Piñera ha trasladado la teoría de la iniciación a su novela de forma magistral. Lo que un ensayista o un investigador habrían explicado con apartados, divisiones, enumeraciones... está aquí en forma de novela; casi como los ejemplos que ilustrarían cada uno de los puntos tratados en un estudio psicológico. Un ensayo no habría resultado ni tan completo ni tan ilustrativo para explicar esta teoría. El dicho de “Una imagen es mejor que mil palabras” se hace en *La carne de René* la mejor realidad.

Para ello el autor utiliza un estilo sencillo, descarnado y sobrio. El autor huye de la exhuberancia y de los adornos que distorsionan el texto y le dan esa superficialidad aborrecible. Las descripciones son de tanta carga existencial que el lector se siente sobrecogido. Se requiere de varias lecturas para sobreponerse al impacto narrativo, y calar el contenido de la tesis que pretende exponer. La narración que es de una escabrosidad intensa, es la vía que utiliza para defender la doctrina de la iniciación. Sin embargo, no carece de ese humor ambiguo, grotesco y disparatado que caracteriza a nuestro autor. La ironía en Piñera parte de una sutil parodia, y el lector se encuentra con una novela seria, pedagógica y, al mismo tiempo, divertida. Con el empleo de la sátira, se propuso burlar, criticar y ridiculizar al hombre moderno, sin voluntad alguna, que idolatra lo ideal y lo superficial.

Empleando elementos técnicos y estéticos en la que combina la risa y el sufrimiento nos describe a unos personajes, los define grotescamente, recalca sus gustos sexuales, los emparenta con otros seres por algún rasgo significativo, los mueve con resorte mecánico, a fin de socavar su aparente libertad. Son estos ingredientes que sabe mezclar con maestría y no le resultan chocantes al lector que ve el humor y el dolor mezclados. Dos aspectos narrativos tan contradictorios que hacen una interesante pasta homogénea.

La carne de René defiende la tesis de que el hombre viene a este mundo para un único fin: el sufrimiento. No llega a un mundo feliz y, si pretende no sucumbir, debe de estar dispuesto a aguantar todo tipo de humillación, vejación, dolor, tortura... Piñera asegura que el hombre que reclama la sociedad, es un ser nihilista, sin instinto, un ser humano carente de voluntad, que no puede vivir más que enganchado a ideales muertos. Tan muertos como San Sebastián para René en la obra de Piñera, ejemplo típico de hombre que no alcanza su libertad personal, sino su meta como ciudadano social ejemplar en una sociedad represora.

Referencias bibliográficas

Blanchot, Maurice. *La escritura del desastre*. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana, 1987.

- Bruno, Latour. *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007.
- Clastres, Pierre. *La sociedad contra el estado*. Trad. de Ana Pizarro Caracas. Venezuela: Monte Ávila Editores, 1978.
- Durkheim, Emile. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal, 1992.
- Eliade, Mircea. *Iniciaciones místicas*. Madrid: Taurus, 1989.
- Piñera, Virgilio. *La carne de René*. Barcelona: Tusquets, 2000.
- Sontag, Susan. *Ante el dolor de los demás*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, 2003.
- Todorov, Tzvetan. *El miedo a los bárbaros*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2010.